

**Alicia Ríos. *Nacionalismos banales: el culto a Bolívar. Literatura, cine, arte y política en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Serie Nuevo Siglo, 2013. 213 pp.**

Alicia Ríos explora de manera paralela la entronización de Simón Bolívar como referencia simbólica unificadora de los imaginarios nacionales y latinoamericanistas y los diversos posicionamientos intelectuales y artísticos en relación con este fenómeno a lo largo de los siglos XX y XXI.

A partir de la reunión simbólica de los restos de Manuelita Sáenz y Bolívar, así como de la exhumación de este último, televisada y narrada por el entonces presidente venezolano Hugo Chávez en 2010, la autora detecta una conciencia histórica caracterizada por la presencia obsesiva del líder independentista y por estar petrificada en las gestas épicas del siglo XIX. De allí que, en realidad, lo que subyace en este libro es una preocupación ética sobre los usos y abusos de la memoria. Desde las primeras páginas, Ríos nos conmina a considerar una memoria que tenga en cuenta la importancia del olvido, no como borramiento el pasado, sino como cuestionamiento de sus usos oficiales en el presente. Sería posible, así, una suspensión o descarga de las certidumbres o verdades absolutas con las que se han configurado nuestros imaginarios nacionalistas: “querría proponer que la historia, una vez leída/recreada/analizada, además de *recordar* nos podría ayudar también a *olvidar*. Este esfuerzo

permitiría pensar lo que hemos sido –irremediamente unido a lo que se nos ha narrado/representado–, a partir de un grado cero: sin culpas/responsabilidades, esperanzas y errores del pasado; permitiría vernos de una manera ‘diferente’, que tal vez posibilitaría por fin ‘otros caminos’” (22). Esta apertura del olvido está concatenada a una historia crítica capaz de problematizar las representaciones del pasado. Ríos se vale de la tipología propuesta por Friedrich Nietzsche –historia monumental, de anticuario y crítica–, para identificar un vasto corpus que va desde ensayos de carácter antropológico, historicista y psicoanalítico, hasta obras literarias y visuales.

En la primera y más extensa parte del libro, “El culto a Bolívar en Venezuela”, se expone una genealogía de trabajos que se inicia con los textos academicistas del siglo XX elaborados por Germán Carrera Damas (1973), Yolanda Salas (1987) y Luis Castro Leiva (1991); y se continúa en el siglo XXI con los libros de corte más ensayístico de Elías Pino Iturrieta (2003), Manuel Caballero (2006), Tomás Straka (2009) y Ana Teresa Torres (2009). Dos elementos llaman la atención en estas obras: su publicación en momentos de crisis de los proyectos nacionales venezolanos y cierta dificultad por encarar el tema fuera de los marcos heroicistas, belicistas o incluso moralistas que han caracterizado el culto bolivariano. Esto último es particularmente visible en los análisis de Ríos sobre las obras de Pino, Caballero y, en menor medida, de Carrera Damas. A lo largo del examen de

este corpus se muestra, además, una tendencia a perder de vista la complejidad dinámica de dicho culto; bien sea por imprecisiones conceptuales (Caballero, Straka), bien porque la mirada se concentra en el propio pasado (Carrera Damas, Castro Leiva, Pino, Caballero, Straka), o bien porque se pierden de vista aristas significativas del fenómeno como la social (Torres) y la popular (Pino, Caballero).

En el siguiente capítulo de esta primera parte, la autora desarrolla una discusión teórica acerca de la naturaleza de los nacionalismos. Su discusión es enriquecida por los aportes de Renan, Chabod, Hobsbawm, Seton-Watson y García Canclini. El núcleo conceptual, sin embargo, se desprende de la contraposición entre las propuestas de Benedict Anderson y Michael Billig; una contraposición en la cual Ríos opta por la propuesta del segundo. Billig entiende el nacionalismo como una ideología y cuestiona la idea de la nación simplemente como el producto de una “comunidad imaginada”. Su concepto de “nacionalismos banales” resulta útil para concebir un nacionalismo menos sujeto a la cultura letrada. Lo banal estribaría en aquellas manifestaciones nacionalistas que son casi invisibles en nuestra cotidianidad. De este modo, se comprende que el bolivarianismo permea todo el tejido social sin que sus actores tengan que ser conscientemente activos de ello.

En el último capítulo de esta primera parte nos adentramos en los modos en que el chavismo ha resignificado el culto bolivariano mezclando sus diversos elementos

“dominantes”, “residuales” y “emergentes” (Raymond Williams). El “ideario socialista bolivariano” radicaliza la centralidad de las luchas independentistas del XIX y posiciona a Chávez como el heredero directo del legado de Bolívar en el imaginario nacional. Este fenómeno desestima cualquier otro legado histórico previo o que medie entre ambas figuras. Por un lado, entonces, asistimos a un “Estado de exclusiones” de todo aquello que no se considera parte de las reivindicaciones pendientes desde el XIX y, por el otro, se propone un Chávez que se va constituyendo como el “significante vacío” (Laclau) a ser llenado por aquellas reivindicaciones que sí resultan legítimas. Sustentado en el imaginario belicista de las luchas de emancipación, la razón populista chavista entiende el modo de hacer política como una eterna coyuntura confrontacional contra los que quedan excluidos del significante vacío-Chávez.

En el primer y segundo capítulos de la segunda parte se revisan brevemente *La isla de Robinson* (1987) de Arturo Usler Pietri, *Manuel Piar, caudillo de colores* (1987) y *La esposa del doctor Thorne* (1988) de Denzil Romero. Sin embargo, el foco analítico está concentrado en las novelas *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez y *El Gran Dispensador* (1983) de Manuel Trujillo, ya que tienen como figura central a Bolívar. A contracorriente de la mayoría de los estudios sobre la obra del colombiano, Ríos sostiene que la supuesta humanización del héroe es, en realidad, una estrategia narrativa “tramposa” en la que se reconstruye su

imagen grandilocuente. No habría en *El general* ningún cuestionamiento del personaje por lo que estaríamos frente a una historia monumental y de anticuario. Por el contrario, *El Gran Dispensador* sí tendría una intención cuestionadora al exponer las características y eventos más oscuros de Bolívar, sin embargo, el afán totalizador de Trujillo atentaría contra el desarrollo general de la narración.

En el tercer capítulo, la autora cambia de registro y comenta la pintura *Utopía* del chileno Juan Domingo Dávila —reproducida a través de postales en 1994— y el filme *Bolívar soy yo* (2002) del colombiano Jorge Alí Triana. Asistiríamos aquí a producciones culturales en las que además de reconocer las historias *monumental* y *de anticuario*, hallamos una historia *crítica*. Mediante la representación de un Bolívar travesti, “vulgar” y de rasgos indígenas en *Utopía* y, de otro delirante, alucinado y destructivo en *Bolívar soy yo*, se exponen dos maneras de despetrificar la memoria del nacionalismo bolivariano, ofreciéndonos un personaje sometido a las demandas y circunstancias del siglo XXI. Recuerdo y olvido se conjugan en este par de obras para proponernos que además del héroe épico y retrospectivo, Bolívar también podría ser otra cosa de cara al devenir.

En suma, *Nacionalismos banales: el culto a Bolívar* no sólo nos ofrece una mirada abarcadora sobre un fenómeno de tremenda actualidad, sino que nos invita a pensar distintos imaginarios sobre la experiencia histórica venezolana y latinoamericana más acordes con una memoria

colectiva que está siempre en constante transformación.

Magdalena López  
Universidad de Lisboa

**Julio Ortega. *César Vallejo: la escritura del devenir*. Madrid: Taurus, 2014. 312 pp.**

Julio Ortega (Casma, 1942) es actualmente uno de los vallejistás más connotados. Así lo demuestran sus artículos, ediciones y diversos textos dedicados al autor de *Trilce*. Su último estudio, *César Vallejo: la escritura del devenir*, se divide en nueve partes: las seis primeras son los capítulos propiamente dichos; luego vienen unas “Notas sobre una biografía de la lectura”, acompañadas de documentos sobre literatura de la Guerra Civil española y una bibliografía primaria y secundaria.

El título del libro expresa en gran medida el objetivo del ensayo: sustentar la poesía vallejeana como una escritura presente hacia un futuro, una poética del devenir a través de una crítica al discurso de la modernidad y al lenguaje que lo construye. Eso lo deja bien en claro Ortega desde el inicio, pues el primer capítulo lleva por título “El proyecto poético”, en el cual se resume el periplo vital y literario del poeta, que va de *Los heraldos negros* a *Trilce*. Según el crítico, hay un hilo que enlaza ambas experiencias: la búsqueda de un lenguaje propio. Así, analiza el “yo no sé” del poema que abre el primer libro como una suerte de “yo no sé cómo decirlo” frente a la realidad que quiere y no puede expresar: “La poesía [...] no es la mera expresión de los poderes